

ciencia de su acción cobarde y feroz infligía á aquel corazón tan generoso por nacimiento, añadió :

—¿No es verdad que vuestra injuria era un error, y no se dirigía á mí?

Y fué á limpiar de su frente el innoble estigma del furor de Allán; pero éste la detuvo el brazo, diciendo con voz trémula :

—Dejadle aún.... dejadle.... para que la vergüenza de verle me ahogue, y expíe de esa manera el horrible crimen que he cometido....

—Eso se asemejaría demasiado á una venganza,—respondió.

Y con ademán sencillo, llevó á cabo el movimiento que el joven le había impedido efectuar momentos antes.

Hay una bondad superior á la misericordia del perdón, pero que no impide en modo alguno el arrepentimiento, y este generoso perdón no lavaba al joven de su falta.

Después, por una abnegación que sólo apreciarán las almas nobles, se alejó y le dejó solo al balcón, yendo á sentarse en la banqueta que ocupaba al principio.

Allí, entregada á su reflexión, derramó una lágrima por su impotencia, al ver que no podía hacer nada en favor del joven, ni aun fingir.

XXII.

La señora de Scudemor había vuelto á su impasibilidad; pero se hallaba atormentada por una tristeza mayor que de costumbre. Su vida y la de Allán habían entrado en el cauce, por el que corrían distintas y reunidas; pero en aquellas dos existencias, juntas una á otra sin mezclarse jamás, no había más que dos océanos amargos, sin nada que los endulzara. Desde que había fracasado, al poner en práctica su bello poema maquiavélico, la última tentativa de su piedad, inconsolable, se había resignado, si es que la inacción, al ver una realidad imposible, puede calificarse con el nombre casi religioso de resignación.

Allán la amaba con el sentimiento de todas las injusticias de que se había hecho culpable para con ella, y no creía tener el derecho de quejarse. Aceptaba, como para lavarse á sus propios ojos, la desgracia contra la que se había destrozado el corazón en su lucha. Hay

quien ha dicho: «Es necesario no sufrir á medias.»

En un principio el dolor irrita, poco á poco va uno acostumbrándose á él, y después, á fuerza de sufrir, llega á adormecerse. Las ananas no maduran sino bajo un sol abrasador, y la naranja sería agria si el sol se mantuviese siempre templado.

No hay nada que perfeccione tanto á un alma noble y recta como la idea de haber cometido una injusticia, y Allán fué después tanto mejor cuanto más culpable había sido: el sentimiento del reproche íntimo de su alma fué una purificación para su amor.

Con frecuencia hablaba de su falta, y á cada momento mezclaba en sus conversaciones un perdón siempre demandado y siempre concedido, y desde entonces su amor no perdió nunca el respeto en las familiaridades de la pasión. Aquél, renovado, pero no cambiado, no se atrevía á solicitar una caricia: se había convertido de dueño en esclavo, aunque ella no afectase más superioridad que antes.

Ahora las puertas quedaban cerradas por la noche, y no se oía paso alguno por los corredores; pero ¿duraría así mucho tiempo?... Es verdad que el hombre vive mejor cuando tiene deseos que cuando los ha satisfecho, y Allán veía su amor corroído por el arrepenti-

miento como por una enfermedad lenta: y ¿quién sucumbiría en esta lucha? ¿el amor ó el arrepentimiento? ¡Ah! Cuando se ha dado entrada á una pasión peligrosa, no muere nunca, y el remordimiento vigoroso, encarnizado, joven cuando se le creía envejecido, muere el primero, sucumbiendo á la costumbre de la pasión inveterada, como podría sucumbir á los abrazos viscosos de un pulpo....

Iseult no lo ignoraba, y con su mirada de águila había profundizado en el arrepentimiento del joven, juzgándolo á sangre fría, siendo indudable que le habría despreciado si no hubiera demostrado un dolor tan verdadero. Pero á pesar de todo era mujer, y como mujer tenía todavía corazón: así es que cuando Allán, en aquella fase de su amor, se mostraba bajo un aspecto más desinteresado, ella encubría su desprecio, y sólo tenía dulces y tristes palabras para el entusiasmo del joven, ese juego de niños que se toma á risa cuando no se puede ya llorar.

—Iseult (decía él algunas veces); no puedo saber lo que eres para mí: te admiro más, y no por eso te adoro menos.... Has llegado á la cumbre de tu calvario cuando has sentido el vacío alrededor de tu último sacrificio, cuando te has visto abandonada, no sólo de Dios, sino de ti misma, y tu voluntad sucumbía he-

rida en una intención sublime convertida en contra tuya, aumentada con la injuria brutal que tuve la avilantez de añadir. ¡Oh, Iseult! ¡Cuánto ha debido costarte, á ti, á quien el mundo entero no había conseguida doblegar nunca á sus leyes hipócritas, y habías sido siempre sincera; cuánto ha debido costarte el abandonar ese orgullo que habías guardado en el fondo de tu alma como un tesoro para los últimos días de tu vida, esa inmensa pobreza, cuyo fin es la muerte!... Pero eso, Iseult, te hace más grande á mis ojos que si hubieras permanecido siempre sincera....

La Condesa no respondía á estas palabras; pero pensaba que la admiración del joven no reemplazaba á lo que había perdido para con él. No podía dejar de ruborizarse en su interior, particularmente por aquella mancha; pues haber permanecido sincera, vale más que no haber dejado de ser casta: al menos ella tenía esa opinión.

—Y la admiración que me inspiras (continuaba), me ha enseñado á no buscar en mi amor más que el amor mismo, y no la felicidad, á la cual debo renunciar. Yo te amo por amarte, y no por ser dichoso. El amor, cuando es como el mío, no quiere correspondencia: no tiene necesidad de ella, y aunque la necesitara, no moriría por carecer de ella.

Esta última palabra del amor del joven es también la última del de todos los hombres: es la tentativa vergonzosa ó gloriosa del misticismo; de esa potencia de la sensación. Pero este recurso desesperado de la pasión, esa abdicación de la felicidad, que no es más que una inconsecuencia con la naturaleza misma del amor, no engañaban á la Condesa. Á aquellas promesas purificadas, á aquellas nobles palabras del hombre que la amaba lo suficiente para no pedir nada en nombre de un amor que se bastaba á sí mismo, ella movía la cabeza, y respondía con aire incrédulo «¿Creeís eso?», con ese tono lento y apagado que deja confundido, porque demuestra toda la superioridad que hay en el que sabe sobre el que cree, y la compasión que inspira una ilusión frágil que no se tiene valor para destruir.

Tenía la señora de Scudemor la convicción de que el amor puro era una ilusión amarga, incomprensible para la inteligencia, irrealizable: tal vez ella hubiera querido en otro tiempo sostener la laxitud de su alma con aquella idea, grande como la desesperación de no ser dichoso, pero que no está al alcance del hombre en la realidad, y recordaba sus pasados disgustos cuando se había convencido de que este alarde de fuerza sólo oculta una espantosa debilidad.

La naturaleza humana se gasta tanto con el sacrificio como con el goce, y cuando ese sacrificio se hace por sensibilidad, los más elevados sentimientos fenecen en el camino. Ahora bien, y esto es demasiado triste en la vida; no son posibles más que cuando no se cree en la virtud.

El viaje á Italia era cosa decidida, habiéndose fijado la partida para cuando comenzasen los primeros fríos, y ya las hojas de los árboles, que en Normandía caen más tarde que en ninguna parte, habían empezado á desprenderse de las ramas de los sauces, lo cual indicaba que dentro de pocos días no quedaría ya ningún habitante en el castillo.

Los últimos días de su permanencia no fueron señalados por ningún acontecimiento notable. Allán, cuyo amor, aumentando siempre en intensidad, había sufrido tantas modificaciones, no veía más que á la señora de Scudemor.

Camila no demostraba resentimiento alguno por el abandono de su compañero de infancia, y se la veía seria y grave, hasta el punto de hacer creer que no sentía el abandono de su amigo de la niñez.

En cuanto á Iseult, el contraste de su fisonomía no podía ser mayor con las de los dos jóvenes, en una de las cuales el dolor marca-

ba su expresión desolada y abatida, mientras que en la otra las alegrías de la primera edad se iban retirando poco á poco como el agua pura y fresca de las fuentes de un jardín se va secando á la aproximación del estío. Así, entre lo que era nube y tempestad, turbación naciente y pasión devoradora, la señora de Scudemor se asemejaba en grandeza y serenidad á las líneas majestuosas de los horizontes del país que iban á visitar.

¿Qué sentimientos experimentaban cada una de estas tres personas al ver aproximarse el momento de dejar los Sauces?...

Para la Condesa, el viaje y la partida no eran más que un accidente ordinario. Peregrina en el mundo como en la vida, conocía mucho la Italia, donde había vivido algunos años, para que el viaje le ofreciese el menor interés. Aunque no había nacido en ella, sin embargo, sus primeras sensaciones la habían formado de ella su patria; pero aquella mujer no había conocido ese dulce amor á la tierra en que nacemos, que sobrevive á todas las esperanzas y á todas las felicidades perdidas en las almas más tiernas que la suya. No había vivido nunca más que en su corazón, y no podía acusársela de aridez. Es sabido que el amor de que se había visto privada se compone de todo lo que hay de más fresco en las primeras imáge-

nes de la existencia y de lo más lógico en los recuerdos.

Naturaleza de donde la poesía se había retirado, alma que se había separado de todo, el mundo para ella era solamente un alfabeto maravilloso; no se informaba de las colinas que había atravesado, ni de las flores en cuyo aroma se había impregnado el aire que respiraba; había olvidado los sueños de la juventud: las bellezas encantadoras repartidas en el mundo que habitamos no existían para ella, ocurriéndole lo mismo con la hermosura de Allán, á la que no había concedido nunca la mirada cariñosa de una contemplación momentánea.

Ciego de una especie extraordinaria que no desea la luz, hubiera sido necesario un nuevo enviado de Dios para volverla al mundo perdido. Allán debía saberlo más tarde, por más que ella se lo hubiese advertido, á él, que jamás pudo encontrar en aquella estatua muda, lo mismo á las auroras todas que á los crepúsculos, una cuerda que respondiera con sonido armonioso á ninguna de sus llamadas: debía saber más adelante que á ninguna parte que llevara á la desgraciada Iseult con objeto de volverla otra vez á la vida de ilusiones, de himnos y de lágrimas, podría conseguir que la naturaleza reanimase el amor en aquella cria-

tura de pasiones muertas, asemejándose al hijo de Aquiles, que arrastraba alrededor de la tumba de su padre á la virgen de Troya asida por los cabellos; más desgraciado aún, porque el guerrero antiguo podía vengarse del silencio de la sacerdotisa hundiéndola en el pecho desnudo su espada hasta el pomo; pero Allán no podía vengarse de nadie.

Perdido en el presente, no pensaba el joven que la Italia pudiese distraerle de sus dolorosas preocupaciones, y creía tanto en la duración de su amor como en su intensidad. No había amado más que á la señora de Scudemor, y tenía toda la fe que el primer amor tiene en sí mismo. Si no moría de aquella herida, quería al menos conservarla mucho tiempo para sufrir por ella.

Sin la circunstancia de su amor, el viaje proyectado hubiera sido para él ocasión de milares de sueños y de goces. ¿Quién que haya sentido en sí algo de poeta no ha soñado con Italia? ¡Ah! Es raro amar ese país; pero, por vulgar que sea ese cariño, ningún ser distinguido puede librarse de él. Allán no sospechaba que hubiese en la belleza de su cielo un bálsamo para los males del corazón, y había dicho la verdad á la Condesa. Estaba tan absorbido en ella, que nada en su vida ni en su pensamiento podría nunca hacerle franquear

los límites de aquella mujer, que había llegado á ser todo su universo.

Él, por lo menos, lo creía así; pero se engañaba en eso como en otras muchas cosas. El amor pasa una esponja por el mundo, y le borra como un dibujo en su encerado; pero muchas veces hace lo contrario, y le adorna con sus alegrías ó le entristece con sus pesares. Sin el amor, la naturaleza sería como un lago sin cielo encima. Si la mujer amada, ese espléndido microcosmos, lo absorbe todo en su seno mortal, es para devolvérselo todo también más grande y más hermoso: idealiza la creación, y no se recoge en el fondo de sí misma, de modo que nada del exterior penetre en su alma, hasta que el amor ya no existe para ella.

Una tarde, cerca ya del oscurecer, aunque no eran más que las cuatro; una tarde de otoño, fría y húmeda, fué Allán á dar un paseo de despedida al *bosquecillo* de los Sauces. Las hojas que quedaban aún en los árboles estaban amarillas, y el sol, amarillento también, se ponía en un cielo triste y descolorido; los senderos del bosquecillo estaban tapizados por las hojas desprendidas, que se habían marchitado al sentirse heridas por las primeras lluvias del otoño. No se oía el canto de ningún pájaro, y las flores habían perdido su perfu-

me. El joven paseaba solo bajo las desnudas ramas, y, guiado por el instinto, se dirigía una vez más, antes de abandonar tal vez por mucho tiempo el castillo, al *bosquecillo* en que ella le había contado su historia, y en que había empezado á comprender á aquella gran mujer, desconocida del mundo, á quien él amaba con tal frenesí.

¿Qué quedaba ya de aquella noche espantosa en que había enloquecido y estado á punto de morir? Ya nada restaba de su misterio ni de sus perfumes; ni cantaba el ruiseñor en lontananza, ni quedaban flores ni hojas; todo había desaparecido, excepto aquel amor tan doloroso, que no había sucumbido tan pronto.

Paseábase por los senderos con una indecible melancolía, como si en aquel lugar consagrado por el recuerdo de una noche cruel, experimentase una impresión de tristeza á la que no se pudiera sustraer. Llegado enfrente del banco rústico en que Iseult se había sentado, haciéndole sentar á su lado, se abismó en una contemplación profunda, y se preguntó cuánto más triste quedaría en su pensamiento, cuando partiera, aquel lugar vacío, en que nadie volvería á sentarse.

En la superstición de sus pesares, llegó hasta recoger un puñado de hojas mojadas y

marchitas, guardándolas, con un recogimiento casi religioso, en su pecho, bastante ardiente para secarlas. Después salió del *bosquecillo*, impulsado á huir por una voz que había escuchado.

Camila debía hallarse próxima, y la encontró efectivamente en la terraza donde concluía el *bosquecillo*. La niña era más dichosa que él con la partida á Italia, aunque su alegría no tenía el carácter ruidoso y exaltado de las de otro tiempo. Estaba sentada en el muro de contención de la terraza, con la cabeza descubierta y expuesta á la fresca brisa del otoño y de la tarde, con un brazo apoyado en uno de los vasos de granito que adornaban la terraza, en cuyo hueco se conservaban las aguas de las últimas lluvias, que algunos pájaros se detenían á beber de cuando en cuando.

Desde allí dirigía sus miradas al pantano, cuyas aguas habían aumentado bastante con las primeras lluvias de la estación. Su sencillo vestido gris, sus cabellos sueltos al viento, su postura inclinada y pensativa, la hacían resaltar graciosamente sobre el fondo de un horizonte sin nubes, de un tinte indeterminado y límpido.

Allán, al verla de aquella manera, se aproximó al muro y siguió la dirección de su mirada, que estaba fija en una gaviota extraviada

que se volvía al mar, cuya costa estaba muy cercana.

—¿Véis? (le dijo ella, indicándole el pájaro con el dedo, y como si hubiese continuado su pensamiento en voz alta.) Si quisiera, podría estar esta noche en Italia.

—¡Cuánto os preocupa la Italia! (contestó Allán): ¿os alegráis mucho de marcharos de este país?...

—¡Oh, sí! (respondió con una sencillez encantadora.) No sabéis hasta qué punto me fastidio aquí ahora.

La expresión con que dijo estas palabras estaba impregnada de un sufrimiento oculto tan grande, que hacía daño al oírlo.

Allán no le había advertido nunca aquella expresión tan dolorosa y tan dulce.

—¿Y por qué os fastidiáis?—preguntó con un acento de compasión, hijo de la impresión que había recibido.

—¿Por qué, por qué?...—respondió la joven bajando los ojos.

Conociase que la pregunta de Allán la había consolado en su dolor, pero no se atrevía á responder. Si el indiferente joven hubiese insistido algo más, tal vez el secreto que guardaba en su pobre corazón se hubiese desbordado, á pesar de sus esfuerzos para contenerlo. Pero al segundo *por qué* había aquél desaparecido,

porque habiendo visto á la Condeza en el otro extremo de la terraza, fué á reunirse con ella.

La niña, abandonada de aquel modo, se olvidó del blanco pájaro que volaba hacia Occidente, y apoyó su frente en el vaso de granito vacío.

Y si aquel abandono hizo correr una lágrima, corrió en silencio y fué á aumentar el agua que tenía el vaso.

SEGUNDA PARTE.

I.

¿Has viajado alguna vez, amado lector, á través de los pantanos del Cotentin, que he procurado describir, y que son bastantes extensos para que sólo el atravesarlos pueda considerarse como un viaje?... Si los has recorrido al fin del otoño ó en el rigor del invierno, habrás podido juzgar de la naturaleza de aquellos paisajes que se destacan sobre el fondo de Normandía, tan risueño por otra parte, y de la originalidad tan melancólica que los distingue. Estos pantanos deben verse sobre todo en invierno, pues entonces se convierten en inmensos lagos, desolados, monótonos, sin más animación que la que les prestan algunos pobres barqueros, y algunos muy escasos cazadores de garcetas y patos, sumergidos estoicamente en agua hasta los riñones, para poder hacer la puntería más de cerca. Exceptuando estas dos especies de gentes, no se ve otro ser